

UNA REFLEXIÓN DIDÁCTICA SOBRE HISTORIA ECONÓMICA Y ECONOMÍA

JOSÉ LUIS GARCÍA RUIZ
Universidad Complutense de Madrid

«Un historiador económico es simplemente un economista
con alta tolerancia para el polvo»
(R. Solow)

Una de las acusaciones más recurrentes sobre la historia económica, en las Facultades y Escuelas universitarias donde se enseña Economía, es su falta de conexión con la realidad actual. Es muy común oír a los alumnos expresiones acerca de que el verdadero interés debe recaer sobre nuestro entorno inmediato y sobre todo aquello que tenga una inmediata aplicabilidad. Los que tenemos por costumbre realizar una prueba inicial, a principios de curso, para conocer la situación de partida de los alumnos respecto a técnicas de trabajo, conocimientos básicos y expectativas formadas, solemos detectar un temor exagerado a que las clases de Historia Económica sean pesadas, aburridas y carentes de interés, precisamente por el hecho de que puedan derivar hacia contenidos mal conectados con el resto de las asignaturas de Economía y plantear desarrollos sobre épocas históricas que sean totalmente ajenas a la problemática actual.

En este sentido, el director de la revista *Universitarios Hoy* (nº 1, enero 1991, p. 6), promovida por estudiantes y de muy reciente publicación, insiste en que «los estudiantes prefieren carreras más prácticas y aplicadas que interminables y monótonos discursos teóricos».

El caso es que los nuevos planes de estudios, en toda Europa, parecen inclinarse por dar la razón a las demandas de los estudiantes, y así, la *Conferencia Europea sobre el Sistema Universitario en 1992: Propuestas para el año 2000*, celebrada en Siena del 5 al 7 de noviembre de 1990, mostró su preocupación por el abandono de los valores tradicionales de la formación universitaria, en favor de una orientación exclusiva hacia las necesidades de empleo inmediato. Además, esta inquietud parece afectar, de una manera especial, a los estudios de Ciencias Empresariales (Vid. *El País.*, Suplemento de Educación, nº 387, 13 de noviembre de 1990).

En este nuevo contexto ¿cómo motivar al alumno de Historia Económica? ¿cómo demostrarle que en todo este discurso hay más tópicos que realidades? La cuestión no es baladí, si se piensa que el futuro de la historia económica en los estudios de economía está en entredicho y, quizás muy pronto, deberemos esforzarnos por captar alumnos, compitiendo con otras asignaturas optativas. Si no actuamos con rapidez, corremos el peligro de que se extienda la idea de que la historia económica es un «conocimiento inútil», y nos convertiremos en un reducto sin apenas posibilidades de desarrollo.

La idea que quiero proponer ahora parte de recuperar la fórmula que lanzó Pierre Vilar (Vid. *Iniciación al vocabulario del análisis histórico* (1980, Barcelona)), al establecer una dialéctica pasado-presente que haga ver la importancia de comprender el pasado para conocer el momento actual: lo que hoy ocurre no es enteramente nuevo, sino que responde a un proceso histórico donde se encuentra su más profunda y verdadera explicación.

¿Es esto una reivindicación del **continuum** cronológico? Sólo en cierto modo, pues admite más posibilidades para aquéllos que creemos en la ciencia popperiana, es decir, en la búsqueda de un conjunto de leyes universales, cuyo poder explicativo rebasa los límites del tiempo y del espacio. Así, una concepción no historicista de la economía permite presentar acusados paralelismos entre hechos que ocurrieron en momentos muy diferentes del tiempo.

He podido comprobar el interés que suscita en los alumnos de Economía la presentación de estas comparaciones intertemporales, que rompen todas sus expectativas sobre la escasa incidencia del pasado en la situación actual, a la vez que revalorizan los contenidos de otras

asignaturas, las cuales llevan una carga teórica que, en la precipitada opinión de los alumnos de los primeros cursos, no se corresponde bien con «la realidad».

De este modo, mi propuesta didáctica sería una forma de recordar a los alumnos que «no hay nada nuevo bajo el sol» y, por tanto, no tiene demasiado sentido afanarnos excesivamente sobre el presente. El pasado puede mostrarnos rasgos inequívocos del hoy y, sobre todo, nos ayudará a atisbar algunos del futuro, cumpliendo su función ciceroniana de **magistra vitae**. Previsiblemente, hay quien encontrará desviaciones «presentistas» en este planteamiento, pero no, desde luego, aquéllos que tendemos a subrayar el carácter científico de nuestra disciplina y defendemos abiertamente su adscripción al monismo metodológico, como lo hacen la mayoría de los economistas. En cualquier caso, pienso que podría ser un tema digno de cierta reflexión y debate.

Sirva un ejemplo para ilustrar lo que venimos diciendo: si admitimos la teoría cuantitativa del dinero como hipótesis explicativa de la inflación, y lo hacemos siguiendo la metodología instrumentalista de Milton Friedman, podremos enfrentarnos a las tensiones inflacionistas del Bajo Imperio Romano, de la Europa del siglo XVI o las hiperinflaciones del siglo XX con el mismo aparato analítico. De este modo, podremos ofrecer a nuestros alumnos tres ejemplos del funcionamiento de un mismo mecanismo que relaciona los movimientos en la cantidad de dinero en la economía con los movimientos en los precios. Lo que ocurrió durante la crisis del siglo III no les será tan ajeno como, posiblemente, las hazañas de los emperadores romanos, y serán, en todo momento, conscientes de que se encuentran en una Facultad o Escuela donde se enseña Economía.

Recuperada la atención del estudiante, podremos volcarnos, a continuación, en explicar con detalle los rasgos que diferencian cada situación: por ejemplo, en el mundo romano no existía ese peligroso instrumento que ha resultado ser el papel-moneda, y la pérdida del valor del dinero provino de los abusos en la emisión de moneda, donde el valor facial no se correspondía bien con el valor intrínseco. En este sentido, convendrá aclarar que las inflaciones de los siglos III y XVI no superaron el 3 por ciento anual, mientras las hiperinflaciones latinoamericanas alcanzan hoy magnitudes de hasta cuatro dígitos. Finalmente, convendrá explicar las hipótesis alternativas que se han dado, haciendo mención de los argumentos a favor y en contra más convencionalmente citados.

De este modo, no creo conveniente que se supriman de los programas -ni de la investigación- los temas de historia económica anteriores a la Revolución Industrial. Aceptar esto, es reconocer, de algún modo, que la historia anterior no importa, que dos mil años de actividad económica humana han sido en vano y, en definitiva, dar la razón a los defensores de la «inmediatez» y la «aplicabilidad». Si, por el contrario, apoyamos una revisión de los programas que mantenga la integridad de la asignatura, cambiando hacia un enfoque que trate de tender un puente entre la Historia y la Economía, creo que estaremos actuando con realismo y, seguramente, terminaremos por desenmascarar los intereses corporativistas que se ocultan detrás de pretendidas justificaciones sobre la inconsistencia de nuestra asignatura.

Un argumento que tenemos a favor de este planteamiento es, sin duda, el éxito de la Historia Económica en el mundo de la Economía anglosajona. La estrecha colaboración, desde finales de la década de 1950, entre las dos áreas de conocimiento en el marco de las instituciones universitarias norteamericanas nos proporciona un ejemplo de las posibilidades de desarrollo de nuestra asignatura. Gran parte de los grandes historiadores norteamericanos -y muchos otros del resto del mundo- han terminado por comprender lo fructífero de este enfoque, cuya contribución al enriquecimiento de las discusiones históricas está ya fuera de toda duda.

Aún así, en el reciente libro de Parker, W. N. (1986), *Economic History and the Modern Economist*, se pone de manifiesto cómo, últimamente, la Historia Económica en Estados Unidos está desapareciendo de los planes de estudio universitarios, muchos departamentos de Economía y de Historia se están quedando sin historiadores económicos, y sólo algunos grandes economistas (Arrow, Solow) parecen darse cuenta de la necesidad de completar la formación técnica con un bagaje adecuado de conocimientos sobre historia de los hechos económicos. Las amenazas que se ciernen sobre nuestra disciplina no parecen tener final.

Quizás, en definitiva, la crisis de la Historia Económica no sea sino un episodio más de esa irresistible atracción por el goce inmediato de los bienes presentes que sufre la sociedad desarrollada contemporánea. Quizás, cuando se elaboren otros nuevos planes de estudio, de aquí a digamos diez años, nos sorprenda ver un renacido interés por la Historia Económica, fruto de los errores cometidos por economistas fatalmente seducidos por modelos mate-

máticos, tan aparatosos como limitados e inútiles. Pero el futuro es siempre incierto y, a pesar del marcado carácter esquizoide de nuestra asignatura -sobre el que tan acertadamente insiste Gabriel Tortella-, creo que se impone una postura realista, que permita hacer sobrevivir a la Historia Económica en el marco de los nuevos planes de estudio de Economía, Administración de Empresas y Ciencias Empresariales. Dentro de este enfoque, tendremos que exigimos los historiadores económicos una más rigurosa formación en el saber y las técnicas económicas, y planteamientos didácticos como el propuesto anteriormente podrían ser aceptados sin demasiada dificultad.